

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE  
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO  
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,  
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON  
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,  
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,  
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepción y Asunción  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 69.

HISTORIA

# DE LAS PERSERUCIONES

SETIMAS POR LA LIBERTAD CANTONAL

TRADUCCION DE DON JUAN DE LOS RIOS

El presente libro es un extracto de las obras de los autores de las ideas de libertad y de independencia que se han publicado en el extranjero y en el interior de la patria, y que han servido de fundamento a la independencia de esta patria. El autor de este libro ha querido dar a conocer a los lectores de esta patria, el origen y el desarrollo de estas ideas, y el papel que han desempeñado en la historia de la humanidad.

D. Eduardo María Villarosa y D. José Liberto Gual

E. ENTRADA

CON MAGNIFICAS PLUMAS INTERALABAR EN EL TEXTO

PERVA CENSURA DIOCESANA

TOMO SEPTIMO



BARCELONA

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL LABRERO DE D. RAFAEL RISSA

Cataluña, Madrid, 1871

1871

Librería de...

crisiana parecen animadas como de un nuevo soplo que ha de producir muy pronto la caballería y las cruzadas... Así es con razon que un escritor aleman que no puede tacharse de sospechoso, ha podido decir: «En el cáos todavía en fermentacion de aquella época, esta empresa extraordinaria comunica á la vida crisiana del Occidente un nuevo empuje, una direccion más sublime, una inspiracion más sagrada. El imperio aleman pretendió asegurar á la potestad seglar una omnipotencia universal y una completa sujecion de las almas. Pero á despecho de los sucesos exteriores, la victoria moral corresponde con justicia al pensamiento, al espíritu de civilizacion que llenaba entónces el mundo (1).»



ENRIQUE VIII.

LXI.

Sigue la lucha contra la Iglesia en el reinado de Enrique V.

Parece que Gregorio VII recomendó para sucesores suyos al virtuoso Anselmo, director de la princesa Matilde; á Othon, obispo de Ostia, y á Desiderio, abad de Monte Casino.

Pero Anselmo era ya muy anciano para poder soportar la pesada carga del pontificado en épocas tan azarosas; á Othon se le tenía por hombre de carácter fuerte, y no se le creía el más á propósito para calmar las pasiones harto sobrecitadas. Pensóse en Desiderio, varon de extraordinaria prudencia, más amigo de prevenir los conflictos que de provocarlos, de moderacion en su manera de obrar. Por otra parte Desiderio, por su posicion y por sus anteceden-

(1) Zeller, *L'Emp. Germ.*, ch. XVII.

tes, contaba con medios para ponerse en relaciones con los dos bandos militantes, lo que daba lugar á la esperanza de una conciliacion, siempre que ésta fuese compatible con los derechos del pontificado. Gozaba ademas de la confianza de los normandos, cosa que era tambien digna de tenerse en cuenta.

Pero Roma estaba ocupada por el antipapa Guibert. Hacíase indispensable que Desiderio se dispusiera á luchar en el momento mismo de ser elevado á la Sede pontificia, y si bien contaba con el apoyo de Jordan de Padua y Conrado, hijo de Guiscard, este Guiscard que se hubiera constituido para él en eficacísimo protector, descendía al sepulcro poco despues de la muerte de Gregorio VII.

Desiderio se resiste.

Tal trabajo costó el vencer su repugnancia, que la Sede pontificia quedó vacante por espacio de un año.

Hízose que comprendiera Desiderio que la orfandad de la Iglesia por un período de tiempo tan dilatado comunicaba fuerza al cisma capitaneado por el antipapa.

Desiderio se resolvió por fin á dejarse conducir á Roma por Guisulf de Benevento el 24 de mayo de 1086, fiesta de Pentecostes.

Allí fué recibido por Censio Frangipani. Pero al ir á sentarse en el trono de los papas, Desiderio vuelve á sentirse aterrado por la grandeza de su dignidad.

Los cardenales se arrodillan á sus piés pidiéndole que ceda en bien de la Religion. Á duras penas se logra ponerle la capa encarnada; pero al revestirle con la blanca, Desiderio se opone con toda su energía. No obstante, se le aclama con el nombre de Víctor III.

El prefecto de la ciudad, que era enriquesta, se opone á que Víctor sea consagrado en el Vaticano. Lo que él hace es aprovecharse de la primera coyuntura y meterse en una barquilla en el Tíber, ganar por el mar las costas de Nápoles y encaminarse á su querido monasterio, donde se despoja de su medio hábito pontificio.

Se le fué á buscar de nuevo, obligándosele á recibir la cruz y la púrpura pontificia el 21 de marzo de 1087.

Para que Víctor III tomara posesion del Vaticano era menester conquistarlo del poder del antipapa Guibert, que tuvo que ir á mendigar un refugio en la fortaleza del Panteon, de donde no fué posible desalojarle.

Entre otro de los ideales de Gregorio VII debe contarse el de una cruzada.

La situacion de los cristianos iba haciéndose en Oriente cada día más crítica. El emperador de Constantinopla se había dirigido á los cristianos de Occidente; Gregorio lo creía una buena coyuntura para ganarse la afeccion de la Grecia y lograr la union de la antigua Iglesia oriental á la Iglesia romana, de la que se había segregado por medio del cisma.

Guillermo, conde de Borgoña, había ya ofrecido á Alejandro contribuir con todos sus recursos al bien de la Iglesia; Gregorio se dirige á él manifestándole que se le presentaba una ocasion magnífica de cumplir sus promesas, y excitándole á que trabajara para despertar el celo de los demas príncipes y enviar una expedicion al África.

En marzo de 1074 había dirigido una carta á todos los cristianos manifestándoles «que las tropas de los infieles llevaban la devastacion hasta los muros mismos de Constantinopla, y que muchos miles de cristianos habían sido degollados como carneros. Así, pues, de la misma manera que el Salvador del mundo dió la vida por los suyos, los hombres deben sacrificarse por sus hermanos. Conmovidos por las heridas y la sangre de los creyentes, deben volar á su socorro y sostener un imperio que se arruina.»

Estas palabras no produjeron por entónces un resultado sensible; el Occidente tenía mucho que hacer en remediar sus propios males para pensar en otros que no le afectaban tan de cerca.

En enero de 1075 volvió á escribir á los fieles en el mismo sentido, suplicando á todos los que quisieran defender la fe de Cristo que se uniesen á él para emprender aquella guerra sagrada.

Tampoco se le atendió; pero la semilla echada había de fructificar más tarde.

Victor III empezó á realizar la gran idea de Gregorio VII. Obedeciendo á su inspiracion se concertaron los cristianos para enviar una expedicion al Africa, que obtuvo una brillante victoria.

En un Concilio celebrado en Benevento renovó la excomunion contra el antipapa Guibert, y ateniéndose al espíritu de su ilustre antecesor promulgó el siguiente decreto:

«Ordenamos que si en adelante recibiese alguno obispado ó abadía de manos de un seglar, no sea contado entre los obispos ni abades... Le privamos de la comunión de san Pedro y de la entrada en la Iglesia hasta que renuncie las funciones que ha usurpado. Igualmente si algun emperador, rey, duque, marques, conde ú otro príncipe ó persona seglar, presumiere dar obispados ú otras dignidades eclesiásticas, sea comprendido en ésta condenacion.»

Estas decisiones fueron remitidas á Alemania, donde Enrique IV seguía en su conducta rebelde contra la Iglesia.

A pesar de todos sus esfuerzos, Víctor III no pudo impedir que en Roma mismo no hubiese un gran partido que le era contrario. La ciudad eterna veíase á menudo convertida en campo de batalla donde los dos bandos opuestos se parapetaban tras de las ruinas de que venía cubriéndose la infortunada capital.

Víctor III fué á buscar nuevamente un asilo en su monasterio, donde murió tranquilamente.

En Alemania seguían los odios entre los dos bandos y con ellos las luchas que ensangrentaban las poblaciones.

Burckhard, obispo de Halbertadt, y Harthwick, obispo de Magdeburgo, en union de algunos señores, adversarios como ellos de Enrique, pidieron una tregua á los partidarios de éste.

No bien se reunen los parlamentarios cuando estalla un motin contra Burckhard. Sus amigos quieren defenderle; pero son asesinados. El pueblo penetra en su oratorio, donde el obispo estaba orando, se le apedrea, y un enriquesta con la espada en la mano le hiere en la cabeza. Poco despues el incendio alumbraba la poblacion.

En Italia, la ciudad de Luca se deshace de su obispo Anselmo, para nombrar á otro que era simpático al Emperador.

Entre estas agitaciones, tras de cinco meses y veinte y cinco días de permanecer huérfana de pontífice la sede romana, es elegido papa el cardenal Othon, siendo consagrado el 12 de marzo de 1088 con el nombre de Urbano II.

Hallándose de prior en Cluny, había sido llamado por Gregorio VII para que formara parte de su consejo privado, nombrándole primer obispo de Ostia y despues cardenal. Pocos hombres habían gozado como él de la intimidad y confianza del gran Pontífice. Gregorio no lo separaba jamas de su lado sino para confiarle alguna mision muy delicada y de mucha responsabilidad.

Dedúcese fácilmente de aquí que Urbano había de estar identificado en ideas y sentimientos con la persona de Gregorio.

Por su figura física era la antítesis de Hildebrando. De talla elevada, de fisonomía arrogante, de voz fuerte; imponía con su sola presencia.

Urbano era muy instruido y tenía ademas en su favor una palabra arrebatadora, muy á propósito para arrastrar en pos de sí á las muchedumbres.

Urbano era Gregorio VII vuelto á aparecer en el trono pontificio. Así lo manifestó cuando apenas elevado á su dignidad, dirige á la Alemania unas letras en que dice:

«Confiad en mí como confiabais en nuestro bienaventurado padre, el papa Gregorio. Resuelto á andar siguiendo sus huellas, rechazo cuanto él rechazó, condeno cuanto él condenó, lo que él amó yo lo abrazo, apruebo todos los actos que á él le parecieron legítimos y ortodoxos; en fin, pienso como él pensaba y me adhiero á lo que él quería.»

Era imposible presentarse más á cuerpo descubierto ni hablar un lenguaje más franco.

En el primer Concilio que celebró, que fué en 1089, confirmó la excomunion lanzada contra Guibert.

Le fué imposible permanecer en Roma, donde los guibertistas se habían aprovechado de la larga vacante de la sede apostólica. Pero Urbano era hombre que á una piedad eminente unía un gran talento diplomático, su afición al ascetismo no le impedía el gozar de un excelente sentido práctico en resolver las cuestiones. No se intimida ante las dificultades, y si no puede habitar en su capital, no dejará por esto de atender, do quiera que se halle, á todos los negocios de la cristiandad y dar solución á los difíciles problemas que hallaba planteados.

Enrique IV seguía vendiendo los beneficios, confiriendo las investiduras; la Sajonia, horriblemente vejada por él, iba quedando cada día más desierta.

A los escándalos de su vida pública continuaba añadiendo los de su vida privada.

Su infortunada consorte, Berta de Sussa, había muerto tras del prolongado martirio que le hicieron sufrir los caprichos y las cínicas infidelidades del Emperador.

Su nueva esposa, la princesa Práxedes, no tuvo que sufrir ménos que Berta. Los juramentos prestados ante Dios al contraer su union conyugal eran para Enrique como todos los juramentos; el matrimonio lo contraía por pura conveniencia, dispuesto siempre á sustraerse á su yugo. Despues de un año de union hunde á Práxedes en un calabozo y la entrega á sus cómplices de libertinaje. Como para llenar la medida de su escándalo trata de obligar á Conrado su hijo á que atente contra la honra de la Emperatriz. Conrado huye de aquella corte incestuosa y va á refugiarse al amparo de la princesa Matilde.

Establécese una liga poderosa en la que entra casi toda la Lombardía, y, en vez de Enrique, se corona rey á Conrado

Acababa de sonar para Enrique la hora de las tremendas expiaciones. Había de cumplirse la justicia providencial.

En aquella Italia, donde tenía tantos adictos, Enrique se ve completamente abandonado, cae en la desesperacion, y llega un momento en que, no sabiendo ya soportar la carga de la vida, trata de poner fin á ella con su espada.

Práxedes logra huir de su esposo y se presenta ante un Concilio á denunciar la torpe conducta del Emperador (1).

Faltaba este golpe para acabar de aplastar á Enrique.

Urbano II, la viva personificación de Gregorio VII, volvía á entrar en Roma, de la que tenía que huir Guibert, siendo éste el que, sin gente para su defensa y sin recursos, va á dar la noticia al apesadumbrado Emperador.

Urbano II tiene la satisfaccion de ver restaurada en su persona toda la influencia pontificia. Deja su capital para dirigirse á la Lombardía, á aquel país que tanto se venía distinguiendo por su animosidad contra la Sede apostólica, y allí, en la ciudad de Plasencia, convoca y preside un Concilio en 1.º de mayo de 1095.

Nunca había tenido lugar una asamblea tan numerosa. De Italia, de Francia, de la Borgoña, salen los obispos, los abades, los monjes para constituirse en el Concilio; la Alemania tampoco falta á la cita.

Asistieron á la reunion más de cuatro mil clérigos. Una muchedumbre de treinta mil fieles se agrupaba en el sitio donde tenían lugar las sesiones.

Celebrábanse éstas en campo abierto, debajo de tiendas de campaña.

Era imponente oír en medio de aquel inmenso concurso cómo Urbano promulgaba los decretos contra la simonía y la incontinenia cabalmente en el país donde el mal había producido más funestos resultados. La obra de Gregorio VII empezaba á consumarse de una manera definitiva.

No bien Práxedes había dado á conocer las vergonzosas torpezas de Enrique ante el nume-

(1) Bern. Constant. an 1095.

roso Concilio de Plasencia, denunciando así al Emperador á la aversion del mundo católico, cuando se supo que otro rey, Felipe I de Francia, se proponía conmovier á la Europa con un escándalo más.

Este soberano, casado con Berta de Holanda, de la que tenía dos hijos, Luis el Craso y Constanza, tuvo la debilidad de dar pábulo á una vergonzosa pasión hacia Bertrada de Monfort, esposa del conde de Anjou, Fulques Requin.

En la víspera de Pentecostes, y mientras se celebraba en la iglesia de San Juan de Tours la bendición de las pilas bautismales, Felipe robó á Bertrada.

El hecho fué demasiado público y tenía un carácter harto grave para que las gentes de bien no protestasen horrorizadas contra él.

El Rey tuvo la pretension de hacer sancionar aquel raptó y bendecir aquel doble adulterio por un obispo frances.

Se dirige al famoso catedrático de Teología san Ivo, que acababa de ser elevado á la sede episcopal de Chartres.

El Rey alega por razon que su parentesco con Berta anula el matrimonio.

—Si así es, le contesta Ivo, esperad la declaracion de la Sede Apostólica.

Felipe insistió.

—Yo no puedo, ni debo, repone el Obispo, autorizar una ceremonia semejante... La mayor prueba que puedo daros de mi fidelidad es oponerme á vuestras pretensiones y deciros que trabajáis contra vuestra salvacion y exponéis vuestro reino á grandes infortunios.

Por toda contestacion Felipe manda encarcelar al Obispo y confiscar los bienes de su Iglesia.

San Ivo fué al fin puesto en libertad, saliendo del calabozo más dispuesto que nunca á sostener la causa de la moral cristiana escarnecida por la torpeza del Rey.

Urbano II acababa de nombrar legado apostólico en Francia á Hugo, arzobispo de Lyon. Había de principiar su tarea poniéndose en abierta lucha contra el Monarca, cuyos escándalos no podía consentir.

Hugo vacila; pero Ivo le alienta diciéndole:

«Aunque hayáis visto levantado en Italia un nuevo Acab, aunque veáis en Francia una nueva Jezabel, tened en cuenta que Elías no está solo. Por más que Herodías dance á la presencia de Herodes y le reclame la cabeza del Bautista, es menester que Juan sepa exclamar: —No; no os es lícito repudiar á vuestra mujer. Cuantos más esfuerzos hagan los malos contra la Iglesia, mayor debe ser nuestra energía en defenderla y salvarla de su ruina. Al hablaros así no pretendo constituirme en maestro, sino persuadiros á que pongáis nuevamente la mano en el arado (1) y arranquéis las zarzas del campo del Señor.»

Al propio tiempo Ivo escribía al Rey:

«Deudor á la bondad de Dios y á la indulgencia de vuestra dignidad del alto puesto que ocupo en la Iglesia, al que no me permitía aspirar lo humilde de mi cuna, me juzgo en este mismo concepto más obligado á trabajar con todas mis fuerzas á cuanto atañe á vuestra salvacion. Confío en que pronto reconoceréis con Salomon que las *heridas hechas por quien os ama son preferibles á las seducciones de quien os adula.*

Hugo de Lyon convoca un Concilio en Autun, donde Felipe I es excomulgado.

El Rey apela al Papa.

Urbano sanciona la sentencia de excomunion fulminada en Autun.

Al fin Felipe, despues de ocho años de mala vida, se resolvió á ceder á los remordimientos de su conciencia de cristiano.

Sometióse á pública penitencia. Fué descalzo á la catedral é hizo en manos del obispo de Arras, legado del Papa, este juramento:

—«Lamberto, obispo de Arras, que ocupáis aquí el lugar del Papa, escuchad lo que pro-

(1) Era la segunda vez que á Hugo se le nombraba legado apostólico.

meto. Yo, Felipe, rey de Francia, no volveré á sostener más relaciones criminales con Bertrada. Ofrezco ser fiel á mi juramento. Así me ayude Dios y estos santos Evangelios de JESUCRISTO.»

Bertrada prestó el mismo juramento, y la que había sido mujer adúltera, murió siendo religiosa edificante en el monasterio de Fontevrault.

El pensamiento de las cruzadas concebido por el genio de Gregorio VII é iniciado por la solicitud de Víctor III empieza á presentarse con toda la grandiosidad de una de las más magníficas inspiraciones cristianas en la época de Urbano II. Lo que Gregorio había sembrado, parecía que había de ser este Papa el que empezara á recogerlo.

Las cruzadas estaban destinadas á un gran resultado.

No hay duda que en aquellas sociedades dominaba cual ninguna la pasión guerrera. Después de tanto tiempo de afilarse las espadas, después de tantos años de luchas intestinas, los hombres se habían hecho de las agitaciones de la lucha como una segunda naturaleza. Era menester buscar salida á aquella excitación bélica; las cruzadas vinieron á ser como la válvula que abrió paso á unas corrientes que, á quedar comprimidas en el seno de la Europa cristiana, hubieran acabado por producir una fuerte explosión.

La solidaridad que existía en los pueblos cristianos era bastante sólida para que la voz de Alejo Comneno, que, colocado al frente de sus legiones orientales, venía á ser como el centinela de la civilización europea, no llegase á ser oída tan pronto como cesase la barahunda producida en lo restante de la Europa por luchas excitadas á menudo por miras ó por pasiones harto miserables. El soberano de Bizancio no había de reclamar auxilio al Emperador de Alemania, reducido al papel de guardian de su antipapa en los Altos Pirineos, con la Italia declarada contra el excomulgado, en guerra contra su propio hijo; no había de dirigirse á Felipe I de Francia, marcado todavía con el estigma de un escandaloso adulterio; ni podía acudir tampoco á pueblos sin organización, como eran muchos de los de Europa.

Existía por fortuna un poder tan vasto que abrazaba la cristiandad toda entera; había la Iglesia, esa gran patria de las naciones de la Edad Media: nadie mejor, pues, para consumir la obra que el pontificado.

Urbano, en el gran sínodo de Plasencia, en medio de aquel inmenso concurso lee las cartas recibidas de Alejo Comneno, y luego presenta á Pedro el Ermitaño, con aquellas austeras facciones en que se veía marcado el sello de su santidad, vestido de tosco sayal, que venía de Jerusalem, descalzos los pies y trayendo en sus manos el bordon del peregrino.

Pedro había visto como en el mismo templo de Salomon se levantaba una mezquita, el sepulcro del Salvador convertido en caballeriza del emir. Con su mirada de fuego que resaltaba más en su rostro pálido, Pedro pronuncia palabras que impresionan profundamente á la numerosísima concurrencia. Concluyóse proclamando en nombre de Cristo la necesidad de correr al socorro de los orientales.

En este Concilio nadie toma todavía las armas; pero Urbano convocó otro que había de reunirse en Clermont.

A la fecha señalada Urbano se dirige al lugar de la cita. Su viaje era un triunfo.

Encontráronse congregados en Clermont trece arzobispos, doscientos veinticinco obispos, noventa abades, todo lo más notable de la jerarquía eclesiástica, especialmente de Francia, de España y de la Borgoña; multitud de seglares, entre los que se veía al conde de Tolosa, el señor más poderoso del Mediodía; embajadores de casi todos los príncipes cristianos y numerosa muchedumbre de guerreros.

El elocuente solitario es el primero en tomar la palabra.

Su inspiración es tanto más sublime cuanto que sus acentos salen del fondo de un corazón anegado en el dolor producido por el espectáculo de las más indignas profanaciones.

Pedro habla con la convicción del testigo y con el ardor del cristiano de las persecuciones que él con sus propios ojos ha visto sufrir á los peregrinos.



—«Yo he visto, exclama, cristianos cubiertos de cadenas, arrastrados á la esclavitud, atados á manera de caballerías, llevando encima pesos enormes como bestias de carga. Yo he visto á los opresores de Jerusalem vender á los hijos de Cristo la licencia de saludar á lo lejos el sepulcro de Dios; he visto arrancarles el pan de su pobreza y hasta poner en tortura la miseria misma con tributos insoportables. He visto á nuestros sacerdotes arrojados del templo, y apaleados despues, morir en afrentosa muerte.»

Aquel rostro macilento, sombreado por los ardores del sol de Oriente parecía entonces como transfigurado; á veces su voz era cortada por la emocion, y entonces sus lágrimas tenían una elocuencia indescriptible: no era el ardor, era la fiebre, y esta fiebre se comunicaba cual chispa eléctrica á todos los circunstantes.

Urbano II se levanta para hablar.

Al contemplar la esbelta figura del Papa en pié sobre su trono, domina en el auditorio un silencio imponente.

«La tierra donde amaneció el Sol de la verdad, dice, donde se dignó vivir el Hijo de Dios, donde enseñó y sufrió, donde murió y resucitó, cumpliendo la grande obra de la redencion humana; esta tierra ha caído en manos de los gentiles, el templo de Dios es objeto de profanacion, los santos son muertos y echados á las fieras sus cadáveres, por las calles de Jerusalem y en torno de sus muros la sangre de los cristianos corre como agua.

«Hombres de armas que me escucháis, vosotros que andáis buscando sin cesar vanos pretextos de guerra, regocijáos, se os ofrece por fin el motivo más justo de una guerra legítima. Llegó el momento de expiar tantas violencias cometidas en el seno de la paz, tantas victorias manchadas con injusticias. Que los tiros con que os heriais los unos á los otros no los disparéis en adelante sino para herir á los enemigos del nombre cristiano. Los que tan frecuentemente fuisteis terror de vuestros conciudadanos, los que vendiais por vil precio vuestro brazo á la venganza ajena, armáos con la espada de los Macabeos y salid á defender la casa de Israel. Los que hayáis sido soldados del infierno sed ahora los soldados de Dios. No se trata de vengar injurias de hombres sino las hechas al Señor de los Ejércitos. Si triunfáis, serán vuestro premio las bendiciones celestiales y los reinos del Asia; si sucumbís, tendréis la gloria de morir donde vivió y murió JESUCRISTO, y Dios no olvidará, no, que os ha visto alistados en su milicia santa. Colocamos bajo la proteccion de la Iglesia y de los apóstoles san Pedro y san Pablo á cuantos tomen parte en empresa tan noble, y mandamos que en su ausencia sean respetadas sus familias, bienes y derechos. ¡Soldados del Dios vivo! que no os retenga en vuestros hogares ninguna pasion mezquina, ningun sentimiento profano. Es hora de que no escuchéis nada sino los gemidos de Sion.»

Cuando el Papa exclamó:

«Libertad con vuestra sangre la tumba de CRISTO que os libertó con la suya,» la asamblea se levanta como un solo hombre y exclama en gritos atronadores, fuera de sí de entusiasmo:

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Urbano II sale de Clermont; á su paso por Poitiers, por Angers, por Mans, por Tours, por Burdeos, ve como van levantándose ejércitos dispuestos á ir á la conquista de la Tierra Santa.

Los nobles iban á poner sus bienes, sus esposas, sus familias bajo la proteccion de la Iglesia, y se presentaban al templo para recibir al pié de los altares el estandarte y la espada de manos de un sacerdote que les decía:

«Ve á pelear por la gloria de Dios, y que esta señal te haga triunfar de todos los peligros. Recibe esta espada en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sítete de ella para el triunfo de la fe; pero que nunca la manches con la sangre de un inocente.»

A esto cada cruzado contestaba:

—*Diex li voll!* Dios lo quiere.

Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa; Hugo, conde de Vermandois, hermano del rey de Francia; Roberto, duque de Normandía; Guillen de Cerdaña, Guitart del Rosellon, Estéban de Blois, con sus vasallos, empuñan la cruz.

Los monjes de Cluny apoyan la empresa con ardor, proporcionando á la cruzada jefes como Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, y sus dos hermanos el conde de Bolonia y el conde de Flándes.

Los pecadores, hasta los criminales creen que la cruzada ha de ser como una expiacion que les rehabilite á los ojos de Dios y de los hombres.

Señores que se hubieran retraído de ir á la Palestina se veían en la precision de hacerlo; pues al ver que sus vasallos se marchaban en masa, se resolvían á seguirles en carácter de jefes.

En Francia y Alemania llega Pedro el Ermitaño á reclutar cerca de cien mil individuos que se ponen á las órdenes del español Gautier de Pexejo. Mejor que un ejército parece un inmenso pueblo que camina á realizar una obra colosal; allí hay ricos y pobres, barones y mercaderes, trabajadores y vagos, y hasta párvulos y mujeres.

Los ancianos dicen á sus hijos y las mujeres dicen á sus esposos:

—Vosotros pelearéis contra los infieles; nosotros sufriremos por la causa de CRISTO.

Una cruz en el hombro es el símbolo de la obra, para recordar que allí no había partidos, no había pueblos, no había clases, sino que todos eran cristianos, y que una fe comun, unos sentimientos comunes hacían de todos un solo cuerpo.

El emperador Enrique veía pasar nubes inmensas de cruzados que se dirigían á la Tierra Santa.

Aquello para él era la Iglesia, era el pontificado, era Urbano II revestido de un prestigio, de una influencia que él, sin soldados, casi sin corte, en vano trataría de contrarestar.

Urbano reunía ejércitos en nombre de Dios; ¿en nombre de qué podría reunirlos él, católico excomulgado de su Iglesia, esposo denunciado públicamente por su esposa, rey déspota aborrecido de sus pueblos, padre que estaba en lucha con uno de sus hijos? Irritábase Enrique al ver que Urbano II, aquel á quien consideraba como su rival, el continuador de la obra de Gregorio VII, con el solo prestigio de su palabra, lograba levantar legiones inmensas de combatientes, miéntras él, el hijo de Enrique III, tenía que ocultar su aislamiento, su abandono, su impotencia en Pádua ó en Verona.

Enrique sabe que la Suabia entera, la Lorena, con los obispos de Metz, de Tréveris, de Toul, de Verdun, entusiasmados por el gran pensamiento de la cruzada, se sienten cada día mejor prevenidos en favor del Sumo Pontífice.

Roberto de Bamberg le escribe á Enrique que es indispensable que se constituya en Alemania, de lo contrario todo está perdido para él.

En Alemania Enrique encuentra súbditos que le toleran, pero que no le obedecen; no es nada más que un fantasma de emperador.

Aquella corona que le puso en su frente un antipapa ha perdido todo su brillo; su cetro es el símbolo de un poder irrisorio.

Busca á sus antiguos consejeros, á los hombres de su intimidad, y no ve en torno suyo sino el vacío más aterrador. Lieman de Brema, Herman de Colonia, Engelberto, todos han descendido al sepulcro. Guibert tiene que refugiarse en la alta torre de Argento, entre Rávena y Ferrara. Godofredo de Bouillon vive aún; pero va á reparar los desaciertos de su pasado colocándose al frente de un ejército de lorenenses y de franceses que se dirigen á la Palestina.

Llegan á noticia de Enrique detalles de lo que pasa en el Oriente.

Es verdad que los primeros peregrinos son derrotados al llegar á la Bulgaria, muriendo allí como héroe Pexejo; que los que siguen á Gautier Sen-Zaveir (Sin-Haber) perecen en los lagos del sultan de Nicea; pero cuando Pedro el Ermitaño llora la pérdida de cerca trescientos mil hombres, de lo alto de las siete torres de Bizancio se ven flotar centenares de estan-

dartes y se distinguen inmensas masas de hombres y caballos que avanzan por diferentes caminos para ir á reunirse entre las orillas del Bósforo y las murallas de Constantinopla.

No es una nacion, es la Europa, es el catolicismo con sus arzobispos y sus abades, sus príncipes y sus caballeros.

Respecto á sus armas, el sultan de Nicea, reprendido por su fuga, las describía con estas frases:

«Traen lanzas que brillan como astros; sus corazas y escudos despiden reflejos como los de la aurora en la primavera, el ruido de sus armas es más espantoso que el del trueno.»

El ejército de la Cruz llegó á las orillas del Jordan; allí los peregrinos descubren los huesos de sus hermanos asesinados. Resuena el grito de ¡venganza! y van á echarse sobre Nicea, la ciudad de las trescientas setenta torres.

Han logrado apoderarse de la perla del Oriente, Antioquía. Al llegar allí los cruzados escriben al Papa:

«El nombre de cristiano principió en Antioquía; allí estableció en un principio san Pedro la Sede apostólica. Vos, que sois el sucesor de san Pedro, venid á sentaros en su silla.»

La peste, el cansancio, el hambre á veces, las deserciones, el tener que dejar guarnecidos los puntos que conquistaban, hizo que, al seguir su ruta hacia Jerusalem, aquel ejército no contara más que con cincuenta mil hombres. Pero eran los de más fe y de más valor, y los conducía Godofredo de Bouillon.

Al divisar desde un monte las murallas de la ciudad santa, todos se arrodillan y resuena un grito de entusiasmo:

—¡Jerusalen! ¡Jerusalen!

Aquellos hombres curtidos por el sol de las batallas, aquellos guerreros ilustres regaron con sus lágrimas la tierra en que el Salvador había impreso sus sagradas huellas.

Al dirigirse hacia los muros de Sion, el ejército se quitó el calzado para pisar aquel polvo que envolvía tantos recuerdos, y en vez de cantares de guerra, resonaban allí aquellas palabras de Isaías:

—*Leva in circuitu oculos tuos et vide, omnes isti congregati sunt, venerunt tibi.*

Jerusalen estaba guardada por cuarenta mil egipcios y veinte mil hombres de la poblacion que habían tomado las armas; por consiguiente, los sitiados eran más que los sitiadores, careciendo éstos de máquinas de guerra para escalar la ciudad, que tenían además que dejar abierta por dos lados hacia una campiña fértil, lo que imposibilitaba el poder tomarla por hambre.

Los ardores del estío empezaron cabalmente al acamparse la cruzada; el torrente de Cedron estaba seco, las cisternas del contorno hallábanse cegadas unas, envenenadas otras.

Los que desesperaban del triunfo, extenuados por la sed, acercábanse á las murallas de Jerusalem, imprimían ardiente beso en aquellas piedras y exclamaban:

—¡Oh Jerusalem! ¡Que seas tú la que recibas nuestro postrer suspiro y que el polvo santo que te rodea cubra nuestros huesos.

Llega por fortuna una escuadra genovesa cargada de víveres de todas especies. Con la madera del bosque de los olivos se construyen unas torres ambulantes sobre ruedas más altas que las murallas.

El asalto empieza el 14 de julio de 1099.

Godofredo de Bouillon aparece el primero sobre la cumbre de una de las torres movedizas. «Cada venablo que lanzaba, escriben los cronistas de aquella época, llevaba la muerte á las filas enemigas.»

Venían transcurridos dos días desde que empezó el combate.

Los musulmanes, desde lo alto de sus torreones, lanzaban contra los sitiadores una lluvia no interrumpida de teas incendiarias y ollas de fuego greguisco.

Godofredo, desde la punta de su torre, que se distinguía por una gran cruz enarbolada en

la cima, iba sembrando la destrucción en el campo enemigo. Perdió á su escudero, á los soldados que le rodeaban; lo que no perdió nunca fué su portentosa intrepidez.

El diluvio de fuego greguisco que descendía de lo alto de los muros, no sólo incendiaba las máquinas de guerra de los cristianos, sino que, pegándose á los guerreros vestidos de hierro, abrasaba corazas y broqueles.

Era un viérnes. Á las tres de la tarde, á la hora misma en que se consumó la Redención con la muerte del Salvador, corre el rumor de que Dios viene en ayuda de sus guerreros, que el obispo Adhamar y otros, muertos en el asalto, se aparecen en la cima de las murallas de Jerusalem, que se ve proyectarse en los aires la figura de san Jorge en actitud de combatir en favor de los cruzados.

Era aquello la fe multiplicando el número de los combatientes, centuplicando su valor.

La torre de Godofredo avanza primero y se desvanece despues envuelto en una nube de piedras, de dardos, de fuego greguisco. Pero al fin deja caer su puente levadizo sobre la muralla.

Á la lluvia de fuego greguisco de los hijos de Mahoma responden los cruzados con dardos incendiarios que inflaman los sacos de paja y bultos de lana que constituyen un grueso parapeto. Un fuerte vendabal arroja las llamas al rostro de los infieles, que huyen aterrados envueltos entre horroroso torbellino de humo y fuego.

Godofredo, con un puñado de héroes, persigue á los fugitivos y logra introducirse en la ciudad santa.

Se echa abajo á hachazos la puerta de San Estéban, y el ejército en masa atruena los aires repitiendo el grito de guerra que es ya grito de victoria:

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Los cruzados de diferentes naciones, palpitantes de júbilo, al hallarse dentro de Jerusalem, se abrazan llorando.

Godofredo, al poner el pié en la ciudad sagrada, deja ya de matar.

Lo primero que hace el ilustre caudillo es encaminarse descalzo y desarmado, sin más compañía que tres criados, á arrodillarse ante el sepulcro del Redentor.

Corre entre los combatientes la noticia del acto de piedad que acaba de realizar el de Bouillon. El ejército todo deja sus vestiduras ensangrentadas, y conducido por Pedro el Ermitaño, descubiertos todos y entre oraciones mezcladas de sollozos, caminan hacia la Iglesia de la Resurrección.

La cruz de CRISTO es paseada en triunfo.

Se alza de nuevo al trono de David y los cruzados proclaman allí la monarquía de Godofredo de Bouillon, que jura respetar las leyes del honor y de la justicia. Pero cuando tratan de ceñirle la diadema real, Godofredo se opone:

—No, exclama; nunca llevaré corona de oro en una ciudad donde mi Dios llevó corona de espinas.

Godofredo no acepta más título que el de baron del Santo Sepulcro.

Enrique recibe la noticia de la toma de Jerusalem. La bandera de la Lorena, de aquel país vasallo, flota radiante de gloria sobre el sepulcro de CRISTO; Godofredo, uno de sus capitanes, despues de rehusar una corona, es aclamado por el primer héroe de la época, y él, Enrique IV, el primer rey de la cristiandad, el sucesor de Carlo Magno, se halla abatido bajo el peso de la excomunión, trae en su frente una corona maldecida por el contacto del anti-papa Guibert, corona que le abrasa cual si estuviera candente de fuego, se ve rechazado de todos como un réprobo, arrojado de la Iglesia, de la familia, víctima de las torturas de una conciencia que le destroza, que le mata, viendo escribirse ya en el porvenir el anatema de la historia y sintiéndose condenado á vivir sin poder, sin respeto, sin honra, como un testimonio patente del tremendo castigo que Dios hace caer sobre los orgullosos que se sublevaron contra él.

Urbano II muere; pero Enrique ve subir al trono pontificio otro monje de Cluny, otro de los continuadores de la obra de Gregorio VII, tan activo como él. Renier es proclamado pontífice en 13 de agosto de 1099 con el nombre de Pascual II.

El antipapa Guibert, en un raptó de desesperacion, va á probar un último esfuerzo, y trata de disputar la ciudad de Roma al nuevo Pontífice; pero se ve acorralado, teniendo que retirarse á Albano, y muere en el abandono y en el desprecio el 1100 en Civitta Castellana.

Dos tentativas se hacen para darle sucesor; pero inútilmente. Al cisma para sostenerse le falta ya la espada de Enrique IV.

El Emperador se hace la ilusion de poder rehabilitarse. ¿De qué manera? Concibe la idea de ir á reforzar la cruzada. Así lo escribe en una carta dirigida á Hugo, abad de Cluny, en que confiesa ser él la causa de los males de la cristiandad. En una asamblea tenida en Maguncia promete llorando al obispo de Wurtzbourg que dejará el reino á su hijo Enrique V, pues Conrado había muerto ya (1101), y él se irá á expiar sus faltas como cristiano junto al sepulcro de JESUCRISTO. Nadie quiere partir con el odiado Emperador.

Enrique IV ha hecho coronar por su sucesor á su hijo Enrique V, en Maguncia, el año 1102,

Con motivo de la eleccion para la vacante del arzobispado de Magdeburgo, en Sajonia, Enrique IV se dirige allí para arreglar ciertas dificultades surgidas entre sus partidarios y los adictos al Papa. Su hijo Enrique V huye, se dirige á Baviera y desde allí levanta su estandarte diciendo:

—Yo quiero someterme á la autoridad de Pascual II, papa legitimo.

La oposicion alemana se adhiere toda á él.

Enrique V da muestras de extraordinaria piedad. Entra en los templos con los piés descalzos, y aprovecha todas las ocasiones para presentarse como muy devoto.

Arroja de sus sedes á los obispos que habían protegido el cisma, y hace que las ocupen otros que se distinguen por su adhesion á la Santa Sede.

Excita la reunion de un sínodo en Nordhaussen.

Allí se presenta sin su corte, sin acompañamiento de ninguna clase, vestido con modesto traje y se coloca en una silla de rango inferior.

En presencia de toda la asamblea, derramando lágrimas, protesta que si se ha alejado de su padre, con todo el pesar de su alma, no ha sido por obedecer á miras ambiciosas, sino animado por el deber de restablecer la unidad en la Iglesia, declarando que el día que su padre se reconcilie con la Santa Sede, él se quitará su corona y no será más que uno de los súbditos de Enrique IV.

En las riberas del Regen encuéntranse los ejércitos del padre y del hijo. Algunos de los jefes empiezan á venir á las manos. El jóven Enrique declara que no quiere obrar como parricida, y manda parlamentarios para evitar la lucha.

Los dos ejércitos contrarios, teniendo el uno á su frente á Enrique IV y el otro á Enrique V, vuelven á encontrarse junto á Coblenz.

Tampoco padre é hijo acuden á las espadas, sino que se convienen una tregua en la que Enrique el jóven suplica una entrevista á Enrique el viejo.

Tuvo allí lugar un espectáculo conmovedor. Enrique IV se arrodilla á los piés de su hijo y le pide que, si es criminal, no sea al ménos él quien se encargue de su castigo. Enrique V alza del suelo á su padre para arrodillarse él y protestarle sus sentimientos de respeto y obediencia con tal que consienta en reconciliarse con la Santa Sede.

Separáronse los dos reyes.

Enrique IV, cayendo en manos de sus enemigos, fué preso en Bingen.

En una dieta que tuvo lugar en Maguncia durante la fiesta de Navidad de 1105, presentóse el obispo de Espira anunciando que Enrique IV abdicaba la corona.

Poco despues Enrique reaparecía en Colonia, pretendiendo reivindicar el poder real que él decía haber abdicado sólo á la fuerza. Encuentra todavía algunos prosélitos.

Iba á empezar de nuevo la lucha, cuando Enrique IV cae gravemente enfermo, muriendo en Lieja el 7 de agosto de 1106.

Muerto sin haberse reconciliado con la Iglesia tuvo que sufrir las consecuencias de la excomunion que pesaba contra él, en virtud de lo cual se le negaron las honras de la sepultura cristiana, permaneciendo su cadáver, que fué transportado á Espira, por espacio de cinco años en un ataúd de piedra fuera del recinto de la catedral.

La noticia de su muerte fué acogida como señal de libertad para el mundo católico.

¿Era celo en favor de los derechos de la Iglesia, ó era sólo ambicion de la corona lo que armó á Enrique V contra su padre? El hecho fué que, apénas muerto éste, Enrique V siguió una política muy semejante á la suya.

Creyendo Pascual II en las buenas disposiciones del jóven rey, preparábase á un viaje por la Alemania á fin de obtener la pacificacion definitiva del país. Pero supo que Enrique V reclamaba de nuevo las investiduras. El Papa desistió de su viaje exclamando con amargura:

—Las puertas de la Germania no se han abierto todavía.

Decidióse reunir un Concilio, para ver si llegaban á terminarse las disidencias entre la Santa Sede y la monarquía germánica que Enrique trataba de resucitar.

Acordóse que el Concilio se reuniese en Francia, país que se creyó más á propósito que la Italia ó la Alemania, donde era fácil que volviera á aparecer el fuego de las antiguas pasiones envuelto entre cenizas.

Pascual II se dirige á Francia, no sin visitar ántes su monasterio de Cluny y caminando despues de santuario en santuario.

En Saint-Denis le aguardaban el rey Felipe y el príncipe real, quienes recibieron al Vicario de CRISTO con la mayor solemnidad.

De allí Pascual, con lo más respetable de la nacion francesa, se encamina hacia la Champagne, para aguardar al Emperador. En vez de llegar éste no llegó nada más que su embajada, en la que había Bruno, el obispo de Tréveris, y el obispo de Halberstadt, Ruthard, que acababa de recibir de Enrique V la investidura con el báculo y el anillo.

La embajada alemana presentóse con gran ostentacion, y dándose tales aires de superioridad que se hubiera dicho que venía ménos para discutir que para imponerse (1). Ocupando el primer lugar entre los embajadores, iba Welf II, hombre alto, grueso, de maneras arrogantes, que hacía ir siempre delante de sí un escudero llevándole la espada.

Los legados alemanes empezaron por protestar la obediencia del Emperador á la Santa Sede, salvo los derechos de la corona. ¿Qué derechos eran éstos?

El arzobispo de Tréveris tomó la palabra y expuso las pretensiones de Enrique V.

«En tiempo de nuestros antecesores, dijo, varones santos y apostólicos, desde la época de Gregorio Magno, se les ha venido reconociendo á los emperadores el derecho de confirmar la eleccion de los pontífices. Si el sujeto elegido es digno de tan alta dignidad recibe del príncipe la investidura de las regalías (2) por el báculo y el anillo. Y en efecto; por sólo este título puede el Papa poseer las ciudades, villas, fortalezas, gabelas y demas derechos que provienen de la dignidad imperial.»

El obispo de Plasencia, en nombre del Papa, contestó:

«La Iglesia, rescatada y libremente constituida por la sangre de JESUCRISTO, no puede ser reducida á servidumbre; sino pudiera elegir un prelado sin consentimiento del Emperador estaría servilmente sumisa. Dios no quiere que el Emperador usurpe la investidura por el báculo y el anillo, símbolos de la autoridad espiritual. El que un presbítero ponga sus manos

(1) *Magis ad terrendum quam ad ratiocinandum.*

(2) Aquí la palabra *regalia* significa los derechos y feudos que como tales procedían del alto dominio del Rey.

consagradas por el sacrificio del altar en manos láicas teñidas con la sangre de la espada, sería injurioso á su orden y á su sagrada unción.»

Una contestacion tan razonada y tan digna dió lugar á que los legados alemanes promovieran en el Concilio una tempestad. Los embajadores de Enrique se irritaron, manifestando su ira con palabras insolentes é injuriosas.

—No es aquí, exclamaron amenazadores; es en Roma donde debe terminarse la contienda; y allí se terminará con la punta de la espada.

Volvían, pues, á presentarse nuevas y peligrosas complicaciones.

El Papa, animado de espíritu conciliador, proyectó un arreglo, valiéndose de hombres prudentes que lo propusieran al Emperador. Los propósitos de Pascual II se estrellaron contra las pretensiones de los enriqueistas, que volvían á presentarse con mayor osadía que nunca.

Enrique V recorre la Alemania, y despues de cerciorarse de que puede contar con bastantes recursos para emprender de nuevo la lucha con el pontificado, reúne una dieta en Ratisbona, donde ante numerosa concurrencia anuncia su intencion de «ir á recoger en la ciudad de Roma, capital de la cristiandad, la bendicion imperial (*imperialem benedictionem*) de manos del Pontífice, y asegurar así á las regocijadas provincias de Italia el beneficio de las antiguas leyes y de la antigua justicia bajo la paz fraternal y en la feliz sociedad del imperio germánico.»

Ya se comprende que estos propósitos en boca de un hijo de Enrique IV significaban que él, con la sumision de la Italia trataba de tener garantida la sumision del pontificado, que lo que proyectaba era terminar por sí mismo y en su favor la cuestion de las investiduras, haciendo constar que sólo á él, rey y pontífice á la vez (*rex pariter et summum pontifex*), correspondía el crear y deponer los prelados.

Enrique aparece efectivamente en Italia á fines del año 1110, seguido de numerosa corte de duques, de condes, de prelados, de doctores de todas las provincias y de tres mil caballeros perfectamente armados.

La Italia se encontraba en la peor situacion para poder pensar siquiera en la menor resistencia. Reinaba allí la division más profunda.

Las poblaciones de la Lombardía eran pequeñas repúblicas sin organizacion, que no se ocupaban más que de intereses materiales y de sacudir el yugo de sus señores.

La princesa Matilde misma había perdido el vigor de su juventud y no se hallaba ya en disposicion de ponerse al frente de empresas demasiado arriesgadas.

Tampoco podía contarse con los normandos. Roberto I pensaba en todo ménos en sacrificarse por ningun principio; Bohemond residía en el Oriente.

La Sicilia, desde la muerte de Roger, hallábase en la mayor anarquía.

Si Novara, por ejemplo, se resiste á pagar los derechos imperiales, Enrique hace en ella terrible escarmiento. Las demas poblaciones se someten á la voluntad de Enrique; en Roncaglia los señores prestan homenaje al nuevo emperador, y Matilde se cree muy favorecida porque se le tolera que se mantenga neutral.

En medio de espantosas tempestades atraviesa Enrique Pisa y Florencia. El llegar á Arezzo ve la ciudad profundamente dividida entre los burgueses y los adictos á la Iglesia por ciertas pretensiones referentes á un templo. Enrique da su fallo, y viendo que su resolucion es contrariada, hace arrasar la ciudad (1).

Se prepara para presentarse en Roma. Enrique, siguiendo la mañosa política de su padre, simula intenciones pacíficas.

Pascual II, no obstante su prodigiosa actividad, su excelente celo, carecía de la firmeza que caracterizó á Gregorio VII. Trataba de gobernar conciliando, «tenía por principio, dice el historiador Alzog (2), que cuando se quiere levantar á un hombre abatido, es menester inclinarse, pero sin perder el equilibrio.»

(1) *Ad solum usque prostravit.*

(2) *Hist. Univ. de la Iglesia, t. II, p. 29.*

Aquel ilustre Pontífice juzgaba algunas veces á los hombres mejores de lo que eran en realidad; dado su carácter eminentemente conciliador, atendido su corazón bondadoso, no es extraño que Enrique V llegara á sorprender su buena fe, y que creyera que el Emperador sólo trataba de venir á un acuerdo con la Iglesia, cuando lo que realmente se proponía Enrique era crear nuevas complicaciones.

No hay duda, conforme hemos hecho notar anteriormente, que la riqueza excesiva de ciertos beneficios había contribuído á que el crimen de la simonía tomara tales proporciones que los papas se vieron precisados á tomar resoluciones muy enérgicas, dando lugar al propio tiempo á que los reyes se empeñaran en conceder algunas dignidades á favoritos suyos, á miembros de su familia, á personajes de su corte, sin que se tuviera en cuenta la dignidad del sagrado ministerio que se ponía á disposición de la gente palaciega. Una leyenda de la época hacía decir por un ángel á Othon II:—«Tú has envenenado á la Iglesia.»

Pensóse en suprimir las temporalidades ó *regalias* que Enrique concedía á los prelados, con la condicion de que el Emperador por su parte renunciara sus pretendidos derechos sobre la investidura; alimentóse el proyecto de una separacion entre lo espiritual y lo temporal.

No se calculó bastante la oposicion que había de hacer al proyecto una nobleza que solía destinar alguno de sus hijos al estado eclesiástico, al ver que éstos quedaban privados de pingües rentas.

Por otra parte, en aquellos tiempos, dada la constitucion social y las necesidades de la época, la potestad espiritual y la temporal estaban perfectamente ligadas la una á la otra, y esta separacion, difícil y funesta siempre, en aquellas circunstancias era imposible, pues el poder seglar, mal constituido y poco respetado, necesitaba que la Iglesia se asociase á él para comunicarle el correspondiente prestigio, como la Iglesia había de reclamar tambien la accion del poder seglar dados los hábitos de barbarie de muchos pueblos, hábitos que no había podido desarraigar por completo la civilizacion cristiana.

Si el Papa se manifestó inclinado á tratar sobre esta base, no se olvide la situacion de la Italia; téngase en cuenta que Pascual II se hallaba sin apoyo, que los burgueses estaban dispuestos á abrir al Emperador las puertas de Roma, y que el conflicto de las investiduras iba á revestir una gravedad tal que sería difícil dominarlo.

Desde Florencia Enrique arregló las condiciones del convenio. Eran estas:

«El día de su coronacion Enrique renunciará por escrito á todas las investiduras de las iglesias; prestará juramento en manos del Papa y en presencia del clero y del pueblo de atenerse á esta renuncia; jurará dejar que las iglesias gocen con plena libertad de sus dominios propios; confirmará á la Santa Sede en la posesion de los patrimonios y feudos que le pertenecen, á ejemplo de Carlo Magno y demas príncipes sus antecesores. Con estas condiciones el Papa coronará á Enrique V y le reconocerá como emperador. Le ayudará á mantener su autoridad en la Germania y prohibirá á los obispos usurpar las *regalias* ni atentar en lo sucesivo á los derechos del Príncipe.»

¿Era de buena fe que Enrique V se comprometía á aceptar tales bases? El mismo declaró despues en un manifiesto que ni él ni los suyos pensaban jamas en cumplir un tratado semejante; y que despues de aceptado, se apelaría al pretexto de decir que el Emperador no lo cumplía porque la Alemania se negaba á ello.

Era un testimonio más de la perfidia del poder imperial y de que no se habían abandonado las poco honrosas tradiciones de la corte de Enrique IV.

Lo que Enrique V y los suyos en realidad se proponían era promover en la Iglesia una nueva perturbacion que juzgaban provechosa á los fines de la potestad imperial.

El Emperador, aceptadas estas condiciones, se comprometía ó no atentar jamas contra la dignidad, contra la libertad, ni contra la vida del Papa.

(1) *Venennum, addidisti Euleria.*



Establecidas las bases del convenio en la forma que dejamos consignada, Enrique V llegó á Roma escoltado por un ejército de caballeros alemanes, acampando el 11 de febrero en las praderas de Neron para verificar el día siguiente su entrada en la gran capital.

Notábase en Roma grande ansiedad por los resultados que pudiese producir la permanencia de Enrique V en la capital del mundo cristiano. No era la primera vez que la entrada de un emperador en aquella Roma, que era la capital honoraria del imperio alemán, y especialmente la ceremonia de una coronación, había dado lugar á lamentables escenas.

Llega, pues, el día designado.

Desde muy de mañana se nota en la población extraordinario movimiento.

La milicia romana, las corporaciones, los colegios de jueces, las escuelas pontificias con sus correspondientes banderas, el pueblo con ramos y flores, toda la ciudad, en fin, se dirige á recibir al Monarca.

Enrique V entra rodeado de grande aparato.

Circuado de caballeros, de príncipes, de prelados, de todos los altos personajes de su imperio, montado en un soberbio caballo, escucha con indiferencia las aclamaciones de la muchedumbre que, creyendo terminadas las funestas contiendas, exclamaba:

¡San Pedro elige por rey á Enrique (1)!

Insiguiendo la costumbre establecida, los magistrados se presentan á pedir al Emperador el juramento de respetar las leyes de Roma.

Enrique les responde desdeñosamente en lengua alemana (2).

A su vez comparecen los enviados del Sumo Pontífice suplicándole que, conforme á lo establecido, jure proteger las personas y el patrimonio de la Iglesia.

Los legados de Pascual II no son recibidos con mayores atenciones que los representantes de la magistratura.

Esta escena de consideración y de respeto por parte de los romanos y de desden por parte de Enrique V se reprodujo varias veces.

El Monarca, precedido del canto de un numeroso coro de monjes romanos, llega á la gradería de San Pedro, en la cual le estaba aguardando el Sumo Pontífice, con todo el ceremonial prescrito, rodeado de sus cardenales.

Enrique, ántes de entrar en San Pedro, ordena que sus caballeros ocupen militarmente la plaza y sus avenidas y se posesionen del castillo de San Angelo.

Ejecutada que fué la orden, Enrique se apea de su caballo y sube lentamente la escalera de San Pedro. Al llegar ante Pascual II, hace actitud de hincar la rodilla; Pascual le levanta y el Pontífice y el Emperador se dan tres abrazos.

Pascual II, dando la mano á Enrique V, le introduce en la basílica.

Segun la costumbre, al llegar á la puerta de plata el Emperador debía prestar su juramento de proteger al Papa y defender la Iglesia.

Enrique, con sorpresa de todos, al desplegar sus labios, dice con solemnidad:

—Confirmo á San Pedro, á todos los obispos y abades, todo cuanto mis predecesores les han reconocido ó conferido. Lo que ellos les dieron para salvación de su alma, yo no debo volverlo á tomar.

Este extraño lenguaje, despues de lo anteriormente pactado, el desentenderse de las fórmulas establecidas, acabó de confirmar sospechas que ya se abrigaban.

La inquietud va aumentando por momentos. Todos, incluso el Papa, temen que la ceremonia tendrá un final desastroso.

No obstante, Pascual II prosigue la solemnidad. Cuando pronuncia la proclamación de Enrique como emperador, este acto es recibido con una glacial indiferencia.

Entre aquel inmenso concurso de príncipes y de personajes distinguidos, en que los

(1) *Henricum regem Sanctus Petris elegit.*

(2) *Teutónica lingua.*

alemanes figuraban en mayor número, Pascual y Enrique suben á sus respectivos tronos.

Se empieza á leer el convenio. Apenas se han pronunciado los primeros artículos, los alemanes mueven un murmullo tal que hace imposible seguir la lectura.

—¡Esto es una herejía! exclaman uno.

—¡Esto es una infamia! gritan otros.

—¡Que sea Pascual II el que empiece por devolver Roma! añaden varios de los enriquistas.

Pascual II, sin inmutarse ante aquel procedimiento indigno, ante la torpe traicion de que era objeto, á pesar de hallarse sin defensa en poder de sus enemigos, se niega á proseguir la ceremonia de la coronacion.

Enrique V le increpa de una manera insolente.

—¡Nada de palabras! gritan amenazadores los alemanes. ¡Que se le fuerce á coronar á Enrique, como lo fué Luis y Carlos!

El Papa se niega resueltamente; y sin perder ni por un instante su serenidad, empieza la santa misa, que ofrece pidiendo al Espíritu del Señor aplaque las excitadas pasiones.

Cuando el Papa desciende á la cripta de San Pedro se ve de improviso rodeado de caballeros alemanes con las espadas en la mano. Un obispo aleman se dirige á Enrique tratándole de sacrilego.

El tumulto, la confusion aumenta por momentos. Multitud de soldados alemanes penetran en la basílica, se echan sobre los prelados y clérigos de Roma, los maltratan, destrozan los vestidos con que se presentaron á la ceremonia, y el Papa mismo, entre dos filas de guerreros armados de lanzas, es conducido preso á un hospicio vecino.

Al circular el rumor de que el Papa se encuentra prisionero, las campanas de todas las iglesias dan la voz de alarma á toda la poblacion.

El pueblo romano se amotina, y sin dejar lugar á que llegase el grueso de las tropas de Enrique, acampadas todavía en las praderas de Neron, se arroja sobre los soldados del Emperador.

El mismo Enrique monta á caballo, é hiriendo con su espada á los romanos que encuentra al paso, trata de imponerse. El Emperador recibe una herida, se le arroja de su caballo, y el pueblo se arremolina en rededor suyo dispuesto á arrastrarle. Se pone de su parte un vizconde de Milan. Éste es tambien arrojado de su cabalgadura; en medio de aquella confusion se le toma por el Emperador y es destrozado por las masas que estaban furiosas pidiendo la libertad de su Pontífice. El pueblo empieza á acosar á los alemanes, matando á cuantos encuentra.

Penetra en Roma el ejército de Enrique, que se hallaba en las praderas de Neron. Los romanos no desisten ante la superioridad del número y juran unánimemente morir para devolver la libertad al Papa.

Entre tanto, Pascual II, con diez y seis cardenales, algunos cónsules, muchos burgueses y clérigos romanos son conducidos presos, atada una soga al cuello, por multitud de caballeros que les obligan á andar por entre el polvo ó el lodo de los caminos.

Pascual II y los demas romanos presos con él, son encerrados en el castillo de Tribuco, en la Sibina.

## LVII.

### Pascual II prisionero de Enrique V.

La noticia de la prision de Pascual II y de los cardenales llenó de consternacion á la Europa cristiana.

El duelo de la cristiandad fué un duelo estéril; ningun pueblo se sintió con fuerzas para ir á arrancar al Sumo Pontífice del fondo de su calabozo.

# HISTORIA DE ESPAÑA ILUSTRADA

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de Francia, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# ILUSTRACION RELIGIOSA - LAS MISIONES CATOLICAS

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# GALERIA CATOLICA

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# VOCES PROFÉTICAS

Esta obra, que forma una de las más importantes de la historia de España, ha sido escrita por el Sr. D. Antonio de Sotomayor, y se publica en 100 tomos. Cada tomo contiene un tomo de historia y un tomo de ilustración. El precio de cada tomo es de 10 reales. El precio de los 100 tomos es de 1000 reales.

# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros días. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 106 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERÍA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hacia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.